

Jueves 11 de enero del 2001

• TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza Valle



La crisis del PRI

(Primera parte)

Si entendemos el concepto de crisis como la incapacidad de una institución de continuar dando respuesta a las demandas de sus partes constitutivas por las vías tradicionales, es decir, un desfase entre respuestas satisfactorias a demandas conocidas, podemos afirmar que el Partido Revolucionario Institucional vive hoy día una de las peores crisis desde su constitución en 1929. Es lugar común afirmar que la crisis del priismo inicia con la debacle en las elecciones federales del pasado 2 de julio; creo que sería más correcto afirmar que a partir de esa fecha se manifiesta el resquebrajamiento del otrora partido en el poder y emergen a la superficie las rupturas entre las diferentes corrientes que cohabitaban en la casa común.

Resulta importante señalar que el verdadero desorden en el instituto político se manifiesta con toda su magnitud a partir del 1 de diciembre, fecha de la toma de posesión del nuevo Gobierno encabezado por Vicente Fox. Hubo un periodo de incertidumbre de cinco meses que va de la elección a la toma de posesión en el que ya asomaban algunos de los rasgos que van a configurar la crisis. El centro de equilibrio de la estructura partidaria era sin duda la Presidencia de la República; era el cemento que permitía la unidad a través de mecanismos que aseguraban lealtades y disciplina indispensables para sostener un edificio levantado con diferentes materiales; las más conspicuas de las posiciones sin duda se expresaban en la división entre renovadores y dinosaurios. Pero el Revolucionario Institucional es sobre todo, como bien lo ha definido Luis Javier Garrido, un partido de intereses y no de militantes. Efectivamente, existía una relación subordinada del partido respecto al Gobierno que le permitía renovar posiciones y repartir espacios de poder a través de los procesos electorales. Eso súbitamente se pierde en la elección del verano de 2000. Se descubijan los grupos que existían a su interior e inicia una batalla sin cuartel por los restos después de la batalla. La paradoja es que todos quieren el poder pero sin saber bien a bien qué hacer con él. Se libra una intensa lucha por la dirección nacional pero sin proyecto alguno. Incluso, después de la derrota la dirigencia nacional renuncia pero sólo se le admite la dimisión al Comité Ejecutivo Nacional, pero no a su presidenta. Contra su voluntad, Dulce María Sauri Riancho ha tenido que seguir al frente de una institución herida -y tal vez de muerte-.

Y a lo que asistimos ahora es a una especie de vuelta al origen; si el Partido Nacional Revolucionario surgió a finales de la década de los 20 para aglutinar e integrar en una gran unidad a grupos, caudillos y caciques regionales y locales que impedían la institucionalización de la revolución; a principios del nuevo siglo estos mismos poderes regionales sin el amparo y contención de la Presidencia de la República luchan por imponerse a la hegemonía del centro y salvaguardar sus intereses locales. El caso de Tabasco es muy claro en esa dirección. El albazo de Roberto Madrazo demuestra justamente la crisis de la relación entre la dirigencia nacional y el cacicazgo local. Así, el papel de aquella resulta realmente patético. Adán Augusto López Hernández, el mal llamado segundo Gobernador, ha declarado que Roberto Madrazo le ofreció la gubernatura interina antes -o al mismo tiempo- que a Enrique Priego Oropeza. Al no aceptar López Hernández, el Congreso saliente -la 56 Legislatura- nombró a Priego Oropeza -conocido también como el primer Gobernador- como Ejecutivo interino y modificó la Constitución local para extender el interinato de 6 a 18 meses; todo ello justo a unas horas de culminar su periodo, el 31 de diciembre. Decía que el papel de la Presidenta del Comité Ejecutivo Nacional resulta patético pues se encuentra entre dos fuegos. Ha decidido apoyar al primer Gobernador -Priego Oropeza- a pesar del repudio de todas las fuerzas políticas, incluyendo a buena parte del priismo tabasqueño y a la vez teniendo que respetar la decisión de Adán Augusto de aceptar la gubernatura interina otorgada por el nuevo Congreso estatal, pues ambos interinos son priistas. Esta primera parte de la telenovela termina sólo señalando que Adán Augusto fue coordinador de la campaña del depuesto Manuel Andrade, hoy flamante dirigente estatal del PRI tabasqueño. ¿Es o no una verdadera crisis?

El autor es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.